



Bas Jan Ader
Entre dos tierras

— Javier Hontoria —

XUNTA DE GALICIA

"In a little while I'll be gone."
How to Disappear Completely, Radiohead

Introducción. En algún lugar entre dos mundos

La de Bas Jan Ader, en su perseverante flirteo con la leyenda, es una de esas historias diferentes. Su personalidad poderosa, la extravagante singularidad de su obra y las excepcionales circunstancias que rodean su muerte lo han convertido en una figura seductora y fascinante. Su vida y su obra son una interesante herramienta para leer desde otra luz la deriva del arte reciente. Es el ejemplo del artista activo en un lugar y un tiempo equivocados que hace virtud de su propia excentricidad embarcándose en un discurso heterodoxo y único en su época.

Holandés nacido en abril de 1942 en un pequeño pueblo llamado Winschoten, cerca de Groninga, Ader fue hijo de predicadores y pasó su infancia en Holanda antes de trasladarse a Estados Unidos, donde asistió a un colegio en Washington D. C. Regresó a Holanda, pero poco después decidió volver a América, esta vez a la Costa Oeste, donde se fraguaría una carrera artística que alcanzaría la madurez a finales de los sesenta.

En junio de 1975 partió rumbo a Europa desde las costas de Cape Cod, en Massachusetts, a bordo de un pequeño velero de cuatro metros de

eslora. Ader no era un consumado navegante pero sí tenía cierta experiencia y, desde luego, no era ningún loco. Años atrás ya había realizado una travesía transoceánica que lo había llevado desde Marruecos hasta California en compañía de un amigo, pero esta vez la empresa de cruzar el Atlántico tenía otro objetivo: desandar el camino una vez andado y regresar del Nuevo al Viejo Mundo para cerrar la segunda parte de una trilogía llamada *In Search of the Miraculous*. La primera parte había tenido lugar en Los Ángeles y la tercera sería realizada en Amsterdam, una vez completada la travesía atlántica, y sería en su tierra natal donde se mostrarían las tres fases de la trilogía juntas por vez primera. Pero Ader nunca llegó a su destino. Su mujer, Mary Sue, lo esperaba en Holanda. Según los expertos, el reto era considerable pero no descabellado. No lo logró, y desapareció en el océano con solo treinta y tres años.

Casi treinta y cinco años después, el mito de Bas Jan Ader vive sus cotas más altas de popularidad entre las nuevas generaciones de artistas. El número de exposiciones que en torno a su trabajo se ha realizado en los últimos años da una idea fiable de su creciente carácter referencial. Hay películas y documentales sobre su vida y su obra y hay, incluso, como ya han denunciado algunos amigos del artista, ediciones y nuevas versiones de trabajos de Ader que se han producido de manera póstuma sin su consentimiento para satisfacer la enorme demanda que hoy suscita su obra. Erik Beenker, uno de los autores que con mayor entusiasmo han escrito sobre el holandés, asevera que si hasta hace poco Ader era considerado un "artista de artistas", su figura pronto se convertirá en un verdadero fenómeno de masas, "¿quizá el James Dean del mundo del arte?". Las trágicas circunstancias de su muerte sin duda alimentan este proceso.

Y sin embargo, durante casi veinte años ha permanecido en un raro ostracismo. Solo a mediados de la década de los noventa se recuperó su figura coincidiendo con la consolidación de una ola posconceptual en la que

la reflexión analítica en torno a las ideas dejaba de entrar en conflicto con lo poético, una práctica que hoy, quince años después, parece gozar de una excelente salud. En 2007, el crítico alemán Jörg Heiser organizó en Núremberg y en Viena una exposición colectiva titulada *Romantischer Konzeptualismus* (Conceptualismo romántico) que confirmaba esa veta poética del arte conceptual. En su texto introductorio, Heiser decía haber conversado con muchos artistas actuales que coincidían en que el conceptual de naturaleza poética no solo estaba sólidamente instalado en el ideario artístico contemporáneo sino que ya entre los artistas de la primera generación había quienes, consciente o inconscientemente, dejaban que lo poético se deslizara en sus discursos, a pesar de la severidad de las tesis iniciales impulsadas por Joseph Kosuth y otros barones del conceptual.

Bas Jan Ader. *Entre dos tierras* recibe su título de esa brecha en la que se resolvió el trabajo del holandés, esa suerte de contradicción feliz en la que vivía cómodamente inmerso. Su lenguaje era conceptual a la luz del contexto geográfico y el momento en que se desarrolla su trayectoria de madurez, los años sesenta y setenta en Los Ángeles, donde se imponía un escenario artístico en el que se trabajaba en la apertura de nuevas vías desde las que liberar al arte del corsé impuesto años atrás por los gurús estadounidenses del arte moderno. Ader también rechazó el objeto y su trabajo se formuló desde una de las estrategias señeras del momento, la acción, que documentó en fotografías y vídeos. En ellos, la atmósfera es precaria. No hay voluntad de construir una imagen sofisticada sino de representar una idea. Así, las películas, rodadas en 16 milímetros, son de corta duración y prescindan de todo lo accesorio, al igual que las fotografías, en blanco y negro y de formatos discretos.

Si el método de formalización del trabajo era netamente conceptual, el discurso esquivaba la discusión tautológica para beber de dos fuentes equidistantes: de un lado, el romanticismo y, de otro, el racionalismo que

ponderaba su ilustre compatriota Piet Mondrian, a quien Ader había estudiado en profundidad. A un fervor por la naturaleza y sus designios se unía el peso implacable de la tradición del neoplasticismo holandés. Y en esta compleja coyuntura desarrolló un conjunto de trabajo que, aunque breve —su trayectoria de madurez apenas comprende siete u ocho años—, se manifiesta con abrumadora coherencia.

Un individualismo insobornable vertebró su trabajo de principio a fin. La del hombre solo frente a los elementos es una imagen recurrente en el Romanticismo, presente en multitud de cuadros desde Friedrich y Turner hasta Géricault, pero hay una imagen romántica anterior al Romanticismo que nace en las postrimerías del medievo, a través de autores como Dante y Petrarca, en la que ya se vislumbra una noción clara del yo. Rafael Argullol señala a Dante como el iniciador de una épica moderna basada en la hegemonía absoluta del individuo, y en cuya órbita se sitúan figuras como Durero, a quien Bas Jan Ader acudirá en momentos puntuales de su carrera. No está de más revisar a Ader en el ámbito de la melancolía: los síntomas de estar bajo el influjo de Saturno que presenta el artista no pueden ser más claros.

Ader alimenta esa reciprocidad que existe entre el Romanticismo y el Renacimiento en cuanto a la relación entre individualismo e infinitud. Sus trabajos más conocidos son los dedicados al tema de las caídas (*Fall*), en los cuales el artista decide enfrentarse al abismo desde la perspectiva del héroe, una actitud que hunde sus raíces en la tragedia griega y el ambiente romántico pero que al mismo tiempo se detiene ante la comedia muda estadounidense o el teatro existencialista. En este sentido, entre las referencias de Bas Jan Ader destacan figuras tan poderosas como Buster Keaton, Albert Camus o Samuel Beckett.

Sus caídas son trabajos que han de adscribirse al ámbito de la acción. Quiere el artista representar una caída y para ello nos muestra estrictamente eso: una caída, sin antes ni después, sin causa ni consecuencia. En *Broken*

Fall (Organic), Ader cuelga de la rama de un árbol sobre un pequeño arroyo. Llegado el momento el artista cae al agua y el plano se cierra. Las razones que lo mueven a subirse al árbol y las consecuencias de la caída no son relevantes. Solo importa el hecho de que Ader cae. En el filme *I'm Too Sad to Tell You* aparece, en primer plano, el artista llorando. Desconocemos lo que ha causado el llanto y, de repente, la cinta se acaba.

La vida en California, con su joven y pujante escenario artístico, no le impidió retomar cuestiones que habían sido de vital importancia en su etapa formativa. La sombra de Mondrian planeó sobre su trabajo hasta el final y el maestro holandés es objeto de un estudio que puede entenderse desde el homenaje y también desde la parodia. Ader y Mondrian compartieron un tipo de percepción del arte de carácter místico, pero no se debe rechazar la hipótesis de que el joven artista lanzara sus cáusticos dardos hacia su maestro en determinados trabajos. *Broken Fall (Geometric)* es una fotografía que muestra a Ader cayendo sobre una borriqueta con la iglesia de Westkapelle de fondo. La imagen captura al artista en el momento de caer y este se encuentra en posición diagonal en lo que constituye una mofa sobre la radicalidad de Mondrian, quién se negaba a aceptar vectores diagonales en el ideario neoplasticista.

En 1973, Bas Jan Ader emprendió una marcha desde el interior de la ciudad en dirección a la costa. El paseo fue documentado por su mujer en un conjunto de dieciocho fotografías en blanco y negro de pequeño formato. Ader escribió sobre las imágenes leyendas pertenecientes a la canción *Searchin'*, de The Coasters, un icono pop del momento, y vinculaba la estética de la música pop con una iconografía de corte romántico en la que el hombre, en su soledad, sale al encuentro de lo absoluto. El trabajo, que lleva por título *In Search of the Miraculous (One Night in Los Angeles)*, es el primer eslabón de una cadena en la que la tragedia trascendería su naturaleza ficticia para entrar a formar parte de la historia.

Bas Jan Ader. Entre dos tierras es un recorrido por la obra de un creador que trabajó a contracorriente. Quiere detenerse ante las facetas más relevantes de un artista que, hasta la exposición que ahora le dedica el CGAC, no había recibido en España la atención debida pues apenas han podido verse trabajos aislados en proyectos colectivos puntuales (*The Last Picture Show*, MARCO, Vigo, 2004; *Manifesta 5*, San Sebastián, 2004). Este libro viene a rellenar ese hueco a través de un sistema de vínculos que demuestran la afinidad de Bas Jan Ader con momentos y tendencias tan aparentemente dispares como la tragedia griega, la melancolía, el Romanticismo, la comedia de Keaton, el neoplasticismo holandés o el teatro del absurdo, vistos, todos ellos, desde la atalaya del arte conceptual californiano. La pluralidad de registros que contiene hacen de su trabajo uno de los más ricos, singulares e inauditos de las últimas décadas.